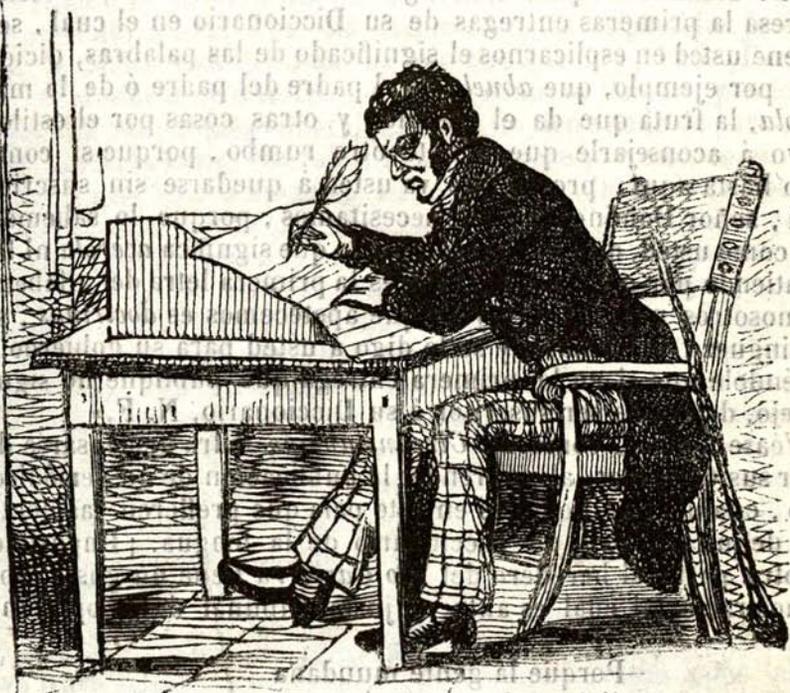


DON CIRCUNSTANCIAS.

PERIÓDICO SATÍRICO-POLÍTICO-LIBERAL.



DOCTRINAS.

D. *Circunstancias* es un caballero bastante conocido en el mundo político, y podría muy bien escusarse de manifestar sus principios políticos; pero conoce muy bien el terreno que pisa, es decir, que sabe que vive en un país donde los hombres gustan de doctrinas sin ser doctrinarios, como podría demostrarse con datos numerosos si fuese necesario. Aquí no se contenta la gente (y hace muy bien) con que uno diga que es cristiano católico, ni basta la certificación que acredite haber recibido el bautismo; nada de eso es bastante para pertenecer al gremio de los fieles, si no se sabe de memoria el catecismo, en términos de hallarse un hombre dispuesto á todas horas á sufrir un exámen de doctrina. Esto, bien mirado,

mas bien es un mérito que una falta, como se demostrará antes de que Dios venga á juzgar á los vivos y á los muertos, que es como si dijéramos, antes que los billetes del Banco de San Fernando recobren el crédito que han perdido.

Es el pueblo español hasta tal punto aficionado á las doctrinas, que las exige en todas las materias, ya se trate de política ó religion, ya de ciencias, literatura y artes; y en prueba de esta verdad, puede citarse la carta que recibió el desgraciado D. Ramon Joaquin Dominguez, de uno de sus suscritores al *Diccionario nacional*: «Señor D. Ramon Joaquin Dominguez, decia la carta: he visto con sorpresa la primeras entregas de su Diccionario en el cual, se entretiene usted en esplicarnos el significado de las palabras, diciéndonos, por ejemplo, que *abuelo* es el padre del padre ó de la madre; *acerola*, la fruta que da el acerolo, y otras cosas por el estilo. Me atrevo á aconsejarle que adopte otro rumbo, porque si continúa como hasta aquí, preveo que va usted á quedarse sin suscritores. Aquí, señor Dominguez, no necesitamos, porque lo sabemos tan bien como usted, que se nos explique lo que significa *acerola* ni lo que se entiende por *abuelo*, ni si la *A* es la primera letra del alfabeto; lo que nosotros necesitamos y lo que apetecemos es *doctrinas*, señor Dominguez; *doctrinas*, y se lo digo á usted para su gobierno, advirtiéndole que si en la primera entrega que publique no sigue mi consejo, dejará de ser suscriptor á su Diccionario, N. F.»

Véase, pues, como D. *Circunstancias* podrá dispensarse de esponer sus doctrinas, al emprender la publicacion de un periódico político, cuando hay hombres en este país que prefieren las doctrinas á las definiciones en un Diccionario de la lengua. ¡Imposible! Y por otra parte el heredero del *Tio Camorra* tiene un gusto especial en mostrarse tal cual es ante el justo tribunal de la opinion pública.

Porque la gente mundana
maliciosa alguna vez,
no vaya á pensar insana
que se ha convertido en rana
el que siempre ha sido pez.

Dijo D. *Circunstancias* en su primer *brochazo*, y lo repite en el segundo, que es *liberal*; pero vivimos en un país, como queda dicho, en que las cristianos tienen obligacion de recitar el catecismo para no pasar por moros, y estamos ademas en unos tiempos de tan escasa moralidad política, que las palabras no hacen fé. En 1820, al 23 por ejemplo, decia uno, yo soy *liberal* ó yo soy *absolutista*, y por punto general podia creerse que los que se llamaban absolutistas, lo eran, y que los que blasonaban de liberales no eran absolutistas. Desde aquella época han variado tanto los nombres como las cosas, pudiendo decirse que hoy dia las palabras del diccionario político no son mas que un tejido de goma elástica que se estira ó se afloja á gusto del consumidor. No quiero que se me tache de poco veraz,

y antes de pasar adelante voy á evacuar algunas citas en corroboracion de mi aserto.

«Liberal.» ¿Qué quiere decir en la actualidad esta palabra? Me parece difícil esplicarlo, aun despues de aquellas notables con que se despidió el señor Escosura de la lid periodistica. «Aqui ya no hay mas que dos dominaciones; *serviles y liberales.*»—Si yo me viese precisado á dar la definicion de la palabra *liberal*, no me rompería ciertamente los cascos en superfluas cavilaciones, y diria desde luego: «Liberal» véase su equivalente «comodin.»

En efecto, la palabra liberal ha venido á ser un comodin en la época presente, y la prueba está en que de todos los partidos politicos en que la nacion está dividida, no hay uno que la rechace. Pregúntese á los hombres de nuestra comunion como se llaman, y todos diremos á una voz, somos «liberales.» Esto no tiene nada de particular, porque nosotros somos liberales, entendiéndose por esto como debe entenderse que somos amantes sinceros y decididos de la libertad. Pero échese una ojeada por cualesquiera de los periódicos moderados, y les veremos aplicarse tambien el epíteto de liberales con tanta formalidad como si tuvieran razon. Cuando reflexiono sobre este punto, me devano los sesos, y digo lo que uno de mis condiscipulos de matemáticas cada vez que oia una esplicacion difícil, que para él lo eran todas: «Yo no entiendo esto.» Y ello es mas que claro; los moderados y nosotros no nos parecemos en nada, absolutamente en nada. ¿Por qué nos hemos de parecer en el nombre? Ellos marchan lentamente, pero hácia atras como el cangrejo; nosotros vamos hácia adelante ganando horas como el vapor. En la bandera de ellos esta escrita la palabra *restriccion*; en la nuestra dice *latitud*. Ellos quieren reducir el derecho de votar á la mas simple espresion; nosotros creemos que todos los ciudadanos deben ser electores. Ellos temen la discusion, y nunca se levantan de la cama sin haber concebido una nueva traya para la imprenta; nosotros deseamos que todos los ciudadanos puedan imprimir libremente sus pensamientos. Ellos se llaman *moderados*, y con la mayor facilidad del mundo se suben á la parra; nosotros nos llamamos *exaltados*, y somos los primeros en dar pruebas de *templanza y sensatez*. Creo que hasta ahora el pincel de *D. Circunstancias* no ha discrepado un ápice en la pintura de los partidos. Asi, pues, ¿qué razon hay para que los moderados y nosotros, nos comprendamos bajo la comun denominacion de *liberales*? Hé aqui un punto digno de una discusion razonada, en que *D. Circunstancias* sostendria su opinion contra cualquiera de los periódicos moderados, y si alguno de ellos no teme la contienda, que levante el dedo. Entretanto, me inclino á creer que los moderados deben devolvernos, es decir, restituirnos, dejarnos usar exclusivamente la calificacion de *liberales*, obedeciendo al refran que dice: «dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César» ó en virtud del saludable principio religioso que prohíbe tomar lo ageno contra la voluntad de su dueño.

Si continuamos en nuestra revista de los partidos, nos encontraremos con el bando montemolinista; el partido de la inquisicion y los frailes; el que en 1814 aplaudia á Elío, en 1825 al conde de España, en 1830 á Moreno y en 1837 á Cabrera. Este partido se presenta en 1848 en actitud hostil, y viene diciéndonos una cosa que no sabiamos ni la hubiéramos adivinado en la vida, á saber: que Montemolin se ha vuelto *liberal*.

Ahora bien, señores, ¿por qué nos estamos rompiendo la cabeza en inútiles querellas? ¿por qué ha de haber facciosos, ni revolucionarios, ni prisiones, ni suplicios, si todos somos unos? Nosotros somos liberales, los moderados se llaman liberales y Montemolin tambien se ha hecho liberal. Todos somos ya liberales, sea enhorabuena; ya no nos falta nada... para rabiar.

Pero aqui se verifica una cosa muy parecida á aquello que dice Moliere en una de sus mejores comedias: «¿Y cuando yo hablo, hablo en prosa ó en verso?—En prosa.—¡Bendito sea Dios; cuarenta años hace que estoy hablando en prosa y no lo sabia.» Alabado sea Dios, podía decir D. *Circunstancias*. Nosotros nos llamamos liberales, los moderados se llaman liberales y Montemolin tambien se llama liberal. ¿Qué soy yo en resumidas cuentas? Treinta años hace que vivo en concepto de *liberal*, y ahora me encuentro con que no sé lo que quiere decir *liberal*.

Tendamos la vista por las afueras de España, á ver si estan las cosas de distinto modo, ó si la confusion que reina entre nosotros es hija del galimatias en que por espacio de muchos años ha estado envuelta la Europa. Ahi tenemos á Fernando II de Nápoles, que segun dicen ciertos periódicos es un rey *liberal*, lo cual no quita para que dicho señor haya puesto las peras á cuarto á sus súbditos por *liberales*. Cerca le anda S. S. Pio IX, que es, sin comparacion, mas liberal que Fernando II; y no obstante, dicen que está poco menos que horripilado al ver los progresos del espíritu liberal. No le anda muy distante el rey Carlos Alberto, que aunque vino voluntariamente á España á quitar la libertad en 1823, se jacta de ser sumamente liberal, y sin embargo ese señor ha dado al traste con la independencia italiana, por no estar de acuerdo con el partido liberal. ¿Qué significa todo esto? Que en Italia como en España, y por lo visto, en todo el mundo, las lenguas vivas son como los geroglíficos egipcios, se ha perdido la clave, y no hay anticuarios capaces de hacer una buena traduccion. Antes de concluir este punto, séame permitido decir algunas palabras mas sobre el liberalismo de Carlos Alberto. Este *eminentísimo* caudillo, cuyos talentos militares hemos visto celebrados en veinte idiomas, podrá no ser liberal; pero lo que es como guerrero no hay otro, sobre sus pies. La prueba es evidente. Desde que vió que la Lombardía repugnaba su yugo, echó en calcular para ser derrotado todo el tiempo que otros emplean para asegurar la victoria. Forjóse un plan que las futuras generaciones conocerán con el nombre de «Plan de los desastres,» y esperó á Radetzki diciendo:

Viejo Radetzki, no dudo de la experiencia que tienes; sé que has estudiado mucho; sé que eres un bravo gefe. Mas no habrás imaginado, pongo un duro contra siete, la singular estrategia que trato yo de ofrecerte. Si entras en la lid conmigo quiero que el triunfo te lleyes; pues aunque eres mi contrario me intereso por tu suerte. Si tienes hambre del triunfo, si derrotarme pretendes, anda que en esta partida cantarás victoria siempre; porque sobre ser mas ducho, mas práctico y mas valiente, tu juegas al gana-gana y yo juego al gana-pierde.

Firme **Cárlos Alberto** en este sistema, ha ido preparando sus derrotas con un talento maravilloso: primero una, luego otra, despues otra, en fin, no hay palabras conque ponderar la pericia que ha desplegado el rey de Cerdeña para proporcionar laureles al general tudesco, su enemigo. No puede decirse á punto fijo quién ha manifestado mas ingenio, si Napoleon para ganar batallas ó Cárlos Alberto para perderlas; pero sí puede decirse que Cárlos Alberto es un Napoleon en sentido contrario, un Napoleon por antífrasis, un Napoleon vice-versa, y esto es tan cierto como que Cárlos Alberto no podia dar mucho de sí yendo como iba al combate animado de mas egoismo que amor hacia la causa de la libertad y de la independencia italiana. Tambien puede decirse que los lombardos han perdido un gran rey en Cárlos Alberto; que este señor hubiera hecho felices á sus nuevos súbditos, y esto tiene traza de ser tan cierto como que Montemolin es liberal.

Si no fuera por el afecto que *D. Circunstancias* profesa á la palabra, ó por mejor decir, á la idea que representa la palabra liberal, casi casi estoy por decir que renunciaria á ella, cansado de ver que todo el mundo la explota cuando le conviene. Pero, no, *D. Circunstancias* no puede renunciar á una cosa que de derecho le corresponde: lo que hará es fijarla, para evitar equivocaciones y usurpaciones, y despues veremos quién es el majo que se atreve á llamarse liberal no siéndolo y esponiéndose á que le hagamos dar la esplicacion que se acostumbra cuando un ciudadano pega un pisotón á otro: «Usted dispense.» Se entiende que para estos casos queda abolido el complemento de la fórmula: «No hay de que.» *D. Circunstancias* es liberal, no porque él quiera darse este título.

sino porque lo hará bueno con sus doctrinas, de las cuales ofrece un cuadro en miniatura para el domingo próximo, que es uno de los días elegidos por el artista para ofrecer sus cuadros á la esposicion pública.

Por hoy hemos dado á este asunto alguna estension, y no podemos detenernos como no sea para justificar la aficion del pueblo á las doctrinas. ¡Qué diablo! Estamos ya cansados de vizcos políticos que parece que miran al plato y miran á las tajadas. Hay muchos absolutistas que se apellidan liberales por un error involuntario, y otros que yerran voluntariamente. Moderados conozco yo bien progresistas, y tambien hay progresistas bien moderados; todo lo cual es algo monstruoso por mas que vivamos en un tiempo en que se dice que Montemolin se ha hecho liberal. Conviene demostrar hasta la evidencia, y no se necesitan grandes esfuerzos para conseguirlo, que Montemolin, no es ni puede ser otra cosa que Montemolin: que los moderados son lo que son, lo que fueron siempre y lo que no pueden menos de ser; y en fin, que los progresistas son progresistas. Despues de estas importantes esplicaciones, el que desee pasaporte para pasar al campo liberal, es necesario que haga muchos méritos, si se le ha de otorgar con el indispensable requisito de: **V. SIN ENMIENDA.**

INTERVENCION EN ITALIA.

En nuestro último número dejamos á la alta Italia sometida en su mayor parte al poder del Austria: Milan ensangrentada por los excesos de las bárbaras tropas de Radezki; Carlos Alberto buyendo á refugiarse en sus antiguos estados; la Inglaterra y la Francia disponiéndose á intervenir en los negocios de la península para cumplir un deber de solidaridad humana. Hoy, completando el cuadro, vamos á ver lo que realmente estas dos potencias deberán hacer si quieren desagaviar á la razon y á la justicia, ajadas por la fuerza y por la traicion.

Pero antes de entrar en materia tenemos que dar algunas esplicaciones. Hay muchas gentes que, ajenas al movimiento general de las ideas que vuelan por encima de las montañas y de los límites y las barreras de los respectivos pueblos, no aprecian en todo su valor el exámen que los periódicos se ven forzados á hacer de los sucesos internacionales. «¿Para qué hablarnos, dicen ellos, de lo que pasa en otros países, si tenemos en el nuestro sobrados acontecimientos que embarguen nuestra atencion? ¿A qué venirnos contando los triunfos y las derrotas de la libertad en otras estrañas regiones, mientras nosotros estamos sumidos en un impenetrable

ilotismo? ¿A qué hacernos llorar con las desgracias de la Italia sacrificada, cuando nos faltan lágrimas en los ojos para llorar las de nuestros propios hermanos? No, no nos conteis los sucesos ni los trastornos de otros reinos: no vengais á turbar nuestra habitual inercia con esperanzas vanas ó con temores que demasiado hemos de sentir cuando se realicen. Dejadnos en nuestro egoismo: que los mares y los Pirineos nos sirvan de inespugnable baluarte, y que la humanidad cante ó gima donde no podamos oir nosotros ni sus bacanales ni sus lamentos. Limitad, pues, ó periodistas, vuestras miradas á los horizontes de la patria: habladnos solo de nuestros males y de los medios de repararlos; tratad de darnos la felicidad; de hacernos libres é ilustrados; pero dejad que corran los mares de las cosas humanas con sus tumultos y sus tempestades, allí donde no hayan de poder turbar nuestro reposo.»

No discurrirían mal los que tales consejos pudieran darnos, si lo que ellos quieren fuera realizable. ¡Ojalá nos fuera posible cerrar los ojos sobre lo que pasa detrás de los límites naturales del rincón en que vivimos! así no tendríamos que dar cuenta de nuestras acciones mas que á nuestra propia conciencia, y con tratar de ser felices nosotros sabíamos que habíamos hecho lo bastante para cumplir la ley de nuestra naturaleza que nos llama á la perfección. Tiempos, había, en efecto, en que los pueblos vivían en un aislamiento que ahora nos asombra. Sin remontarnos á las épocas primitivas, tenemos el ejemplo de dos civilizaciones poderosas que vivieron largos siglos una al lado de otra sin que se apercibiesen entre sí. Roma, hasta el tiempo de los emperadores, apenas tuvo mas que especies confusas sobre el pueblo griego: la espada de Alejandro había devastado todo el Oriente, sin que en la Roma republicana despertase el menor eco su nombre.

Pero entonces las revoluciones se hacían por obra de la fuerza, mientras ahora se hacen por obra de la inteligencia: donde no llegaba en los tiempos antiguos el hierro del conquistador, no llegaba tampoco ninguna de las influencias de su conquista. La idea, enclavada á la tierra como el hombre, llevaba también su cadena. Otra cosa son los tiempos actuales: ahora puede decirse que no pasa una sola lágrima ignorada ni un solo dolor que no sea compadecido. Triunfos, derrotas, decepciones, engaños, nada se pierde para la humanidad: con los ejemplos de todos los países se forma en un pueblo dado la conciencia general, que cuando estalla es siempre pidiendo una reparación justa. No se obra ahora á ciegas ni solo por el loco impulso de trastornar la sociedad para sustituirla el caos: aun los mas exagerados utopistas tratan siempre, por el contrario, de crear algo mejor. Su inteligencia no habrá dado aun con la última palabra de la civilización, pero la está buscando.

Así, cuando contempleis un cambio cualquiera, estad seguros de que bajo la esterilidad aparente que ofrece á vuestros ojos hay

oculto alguno de esos móviles poderosos que ha echado al mundo la civilización. Por lo mismo no queráis sustraeros á la influencia que ejercerán sobre vosotros los acontecimientos estraños: si no teneis la tierra en comun, teneis la inteligencia, que engendra entre todos vosotros afinidades poderosas. Do quiera que un pueblo sucumba, do quiera que un tirano triunfe, allí vereis vosotros vuestra propia causa comprometida. Las cadenas de la tiranía que oprimen ahora á los pueblos no se forjan solo en el rincón del mundo en que viven: de otra parte atizan el horno de los ódios y las venganzas en que se funden los hierros de su esclavitud. Asi por el contrario tambien: cuando un pueblo triunfa, un saludable temor hace que los tiranos cedan de su habitual rigidez: en todas partes las cadenas se aflojan é insensiblemente los corazones van sintiendo aligerarse el peso que los oprimia y se van abriendo á nuevas esperanzas.

Esto sucederá siempre por mas que aparentemente los acontecimientos parezcan limitarse en sus influencias al recinto en que se producen. Hay una especie de propaganda por las ideas que es la mas poderosa porque es la que hace inevitable y seguro en época mas ó menos reciente el triunfo definitivo de la buena causa. Esta propaganda ningun poder la evita aunque se rehabiliten las hogueras de la inquisición.

Así, pues, aunque sea por egoismo debeis comprender, ó lectores míos, lo que os cumple enteraros de los vaivenes y contratiempos de la fortuna popular. Seguid con la vista los sucesos de otros países, que bien os importa conocer el aspecto político de Europa, y deducir consecuencias para el porvenir de la civilización. Esto es lo que os digo yo, no para disculparme de escribir sobre los acontecimientos exteriores, sino para hacerlos comprender el interés que debeis poner en esta parte de mi periódico. Yo al paso que vaya atacando todos los flancos de la política nacional, iré desenvolviendo ante vosotros los cuadros de la historia contemporánea de los otros países, llevando siempre en estos trabajos el mismo amor hácia los pueblos que sufren y el mismo ódio hácia los que les oprimen.

Entre los pueblos que mas influencia ejercen sobre los demas en sus revoluciones, los hay que por sus condiciones topográficas y por la índole de su genio y de su civilización apenas pueden dar un paso sin que á la vez hagan avanzar ó retroceder con ellos la causa general de la humanidad. La Francia sobre todos los demas países se halla en este comprometido caso. Hija primogénita de la gran familia humana que se ha redimido por la inteligencia, sobre ella pesa mayormente toda la responsabilidad de las acciones que á su sombra emprenden los pueblos que empiezan á aprender de sus labios la palabra de libertad, olvidada hacia algunos siglos por los hombres. Ante Dios y ante la humanidad, la Francia es, pues, responsable de gran parte de la sangre inútil que se derrame en los pue-

blos. Hace cerca de un siglo que sembró sobre la faz de las sociedades europeas la semilla de las revoluciones. Desde entonces el mundo no ha estado un solo momento en paz. Cuando los hechos han callado han hablado las ideas: fermentacion en los espíritus, ansiedad en los corazones, vacilaciones y dudas en las conciencias; he aquí lo que los pueblos han tenido desde el momento en que la Francia con la autoridad de su palabra inspirada y de su espada vengadora les enseñó la nueva tierra de promision. Para el pueblo de la libertad este periodo ha sido como para el pueblo de Dios el de su peregrinacion desde los llanos del Egipto hasta la fecunda tierra que riega el Eufrates. Las mismas vacilaciones, las mismas dudas, los mismos temores; momentos ha habido en que abusados los pueblos han renegado de la libertad, como las gentes hebreas renegaban de su Dios: los ha habido en que el vértigo de las pasiones han levantado becerros inmundos á que han rendido culto: los ha habido en fin en que la justicia popular ha tenido que lanzar los rayos del Sinaí sobre las masas indómitas. Pues bien, la mision de la Francia es una mision salvadora, pero lleva sobre sí los mas terribles compromisos. Ella que hizo poner en camino á los pueblos para hacerlos pasar por tantas tribulaciones, debe ser tambien la que acabe su obra y la que los deje en el punto en que se realicen todas las promesas. La Francia, pues, si abandona á los pueblos que caminan á su redencion, atraera sobre sí el oprobio de la humanidad.

Si estas observaciones son ciertas, fácil será conocer lo que nosotros creemos respecto á la conducta que la Francia deba seguir en los asuntos de Italia. Rompiendo de una vez con todas las obras de iniquidad de la diplomacia, la Francia debe oponer á la fuerza de los tratados la fuerza de la justicia; á la voluntad de los déspotas la voluntad de los pueblos; al error de los tiempos, lo eterno de la razon. Porque los déspotas del Norte se repartieran la Europa como un botin en los momentos en que acababan de aniquilar el principio popular, no debe inferirse de esto que el principio popular una vez triunfante haya de respetar las obras hechas en su misma contra y daño.

Pero ademas del compromiso moral de que vamos hablando, la Francia tiene contraido otro formal en lo tocante á la Italia. Así, pues, ademas de tener empeñada en esa causa su conciencia, tiene empeñado su honor. Cuestion de honor y de conciencia es en efecto para la Francia la mediacion en las cosas de Italia.

El gobierno provisional primero, por los lábios de Lamartine, ofreció ayudar á la Italia contra los austriacos cuando la Italia no se bastase á sí misma. Mas adelante se votó una orden del dia en la Asamblea, en que se declaró como objeto de todas las aspiraciones la emancipacion de la Italia. Por último, M. Bastide, actual ministro de negocios estrangeros, interpelado por un miembro de la cámara, manifestó que el objeto de la mediacion de la Francia y la

Inglaterra en la cuestión austro-italiana, era la completa emancipación de la península.

Por esto lo repetimos, la Francia se vé en la inevitable necesidad de desenvainar la espada emmohecida durante cuarenta años mas de una vez por la cobardía de sus esplotadores. Otra cuestión de Oriente hay ahora en pié con la diferencia de que entonces era caso de simpatías y ahora lo es de deber.

La intervención armada de la Francia, caso de negarse el Austria á una justa transacion, no dejará de ofrecer peligros. No porque el Austria, trabajada por luchas intestinas, sea bastante fuerte para contrarrestar el empuje de dos pueblos reunidos, la Francia y la Italia, sino porque no sería difícil que á pesar de los varios aspectos que ha ofrecido la dieta alemana de Francfort, hiciese esta de la causa del Austria una causa nacional. Para apreciar en su justo valor todas las dificultades que en tal caso pudieran surgir, nos reservamos ocuparnos en el próximo número de la constitucion de la dieta alemana, de sus medios y de su objeto. Entonces la cuestión italiana aparecerá en su verdadera luz.

Por hoy concluiremos repitiendo que la Francia republicana debe á la Italia la redencion. Renunciar al glorioso papel que ahora se le presenta, sería lo mismo que abdicar el glorioso puesto que su civilizacion y sus hechos le han conquistado. Si alguna vez creieramos en peligro á la República francesa, sería si la viésemos abandonar la causa italiana. Lo que decíamos en nuestro primer número de la Italia, cuando presentábamos desvirtuada su causa por el solo hecho de haber renegado de su bandera, lo diríamos ahora de la Francia. Lo peor que puede suceder á una causa, es que se vicien sus principios: la superioridad de un momento se adquiere por mil circunstancias; pero la perseverancia que dá la fé, esa no se infunde con nada en los corazones.

A LOS HEROICOS HABITANTES DE BOLONIA.

Nadie diga, majadero,

«ya no hay Romas ni Numancias,»

pues le llamará embustero

un español caballero

llamado *D. Circunstancias*.

Y si como yo barrunto

algun mortal entretanto

pusiera en duda el asunto

y quiere la prueba al canto,

yo sabré dársela al punto.

No hace mucho que triunfantes,
cual los rusos en Polonia,
los tudescos arrogantes
andaban como bergantes
por las calles de Bolonia.

Los tudescos inhumanos
entablaron mil porfias
para llegar á las manos,
causando las tropelias
que acostumbrañ los tiranos.

Vertió insultos cada cual
por arrobas y por libras,
pero al ver infamia tal,
se conmovieron las fibras
del orgullo nacional.

Y al recibir tanto ultraje
de la gavilla salvaje
se difundió, que era un pasmo,
esa especie de coraje
que el vulgo llama entusiasmo.

Y fué la broma empezada
con indecible calor :
no hubo allí planes ni nada :
uno echó mano á la espada,
otro empuñó un asador.

Y el pueblo que parecia
estar sin gefes ni brazos,
dicen que ofreció este día
la mas cabal sinfonia
de gritos y sartenazos.

Si la broma fué indiscreta
tuvo el fin apetecido ;
y sin valerle la treta,
el ejército aguerrido
tuvo que tomar soleta.

Por eso á aquel majadero
que diga : ya no hay Numancias,
le tratará de embustero
el español caballero
que llaman *D. Circunstancias*!

¡Honor! dirán las naciones,

porque yo tambien lo digo,
 á esos bravos corazones
 que triunfan del enemigo,
 sin pólvora y sin cañones.

Sé, pues lo dice la ciencia,
 que aunque la proeza es mucha,
 ofrece igual resistencia
 todo pueblo cuando lucha
 por su santa independencia.

Pero no impide eso mismo
 que me tengan asombrado
 los que con tanto heroísmo,
 en Bolonia han sofocado
 las iras del despotismo.

Hazañas las suyas son
 de ese valor sobre humano,
 que dejará la leccion
 grabada en el corazon
 de todo buen ciudadano.

No obtendrán los sacrificios
 de tan brillantes patricios
 (y no serán tan zanguangos
 que den de quererlo indicios)
 cruces ú otros ringo-rangos.

Mas con su heroicidad
 ¿quién en vanos premios piensa?
 Algo han ganado en verdad,
 que al cabo, su libertad
 es su mejor recompensa.

Ademas, creo que estén
 navegando á tutiplen,
 quiero decir, viento en popa;
 que algo han ganado tambien
 en el concepto de Europa.

Antes de dar tan completo
 y estrepitoso repulgo,
 en vez de inspirar respeto
 eran; no hay duda, el objeto
 de las hablillas del vulgo.

Hoy que con tal decision
 en franca lid han triunfado,
 no solo buena opinion

en la lucha han conquistado,
sino mayor galardón.

Y ya, ¡ voto á los demonios!
se dirá aquí ó en Polonia
con sobra de testimonios,
que los hijos de Bolonia
dejaron de ser *bolonios*.

¡PERROS! ¡PERROS!!!

Verificóse antes de ayer la corrida de toros que estaba anunciada, la cual fué en grado heróico y eminente mala, todo lo mala que podia apetecerse, bastando decir para hacer de ella una pintura exacta, que la autoridad que presidia tuvo que ceder dos veces ante este clamoreo revolucionario: ¡Perros! ¡Perros!!! Conviene advertir, sin embargo, que la autoridad estaba de acuerdo con el pueblo en la necesidad de *aperrear* á la Empresa.

La funcion por lo tanto, no merece que *D. Circunstancias* se entretenga en bosquejarla: en ella quedó bien malparado el pendon de Navarra. Si Zumalacárregui hubiera levantado la cabeza y estado en la plaza el lunes último, y hubiera visto los seis facciosos navarros que salieron á la pelea, bien seguro es que habria renegado de sus antiguos compañeros, filosofando sobre la degeneracion del reino animal. Los toreros corrieron parejas con los toros; ni unos ni otros legarán á la historia un recuerdo que merezca ser estudiado por los amigos del arte. En tal estado, perplejo debia verse *D. Circunstancias* para escribir una linea mas sobre el asunto, porque tratándose de una corrida de toros, parece imposible tratar mas que de toros y toreros, y no debiéndose decir una palabra de los unos ni de los otros, no tenemos asunto que tratar. Sin embargo, parece que el demonio lo enreda de modo que nunca falte tela en que poder hincar la tigura. A falta de toros y lidiadores en quienes pueda recrearse la crítica, tenemos á la Empresa y á la autoridad que hicieron todo lo posible por dar variedad al espectáculo.

La Empresa dió motivo para afligir al público y la autoridad hizo otro tanto para afligir á la Empresa. Esto fué sin duda apelando á la famosa pena del Talion. Pero ahora recuerdo que la situacion de la imprenta es algo mas angustiosa y comprometida que la de la Empresa de toros, y por lo tanto se librará muy bien *D. Circunstancias* de gastar bromas con el señor conde de Vista-hermosa, que como lo probó antes de ayer, tiene muy malas bromas.

Ahora se me ocurre una reflexion sumamente sana, filosófica

y equitativa. No debiendo hablar de los toros ni de los toreros, tengo que ocuparme de una falta de la Empresa y de un abuso de la autoridad : no pudiendo ocuparme, en atencion á las circunstancias, del abuso de la autoridad , he de concretarme á la falta de la Empresa, lo cual seria poco generoso, habiendo sido preso el señor Palacios, á quien *D. Circunstancias* no conoce más que para servirle, pero á quien en el caso de continuar preso debe mirar con respeto. Esta máxima la ha profesado siempre *D. Circunstancias* , y la ha robustecido en el último viaje que hizo á la Granja oyendo las filantrópicas reflexiones del tío *Pané*, hombre experimentado en esto de carcerería y en otras materias, como que sentó plaza el año de 1793 y se le helaron los pies en la campaña de Rusia. Ya ven ustedes que el amigo por los años puede cantar misa; aunque por lo que se trasluce no ha sido el estado eclesiástico lo que mas ha cautivado la atencion del buen *Pané*, aficionado al cultivo de otros terrenos, en los que hablando sin pasion ha dado muy buenos frutos, ó por mejor decir *muy buenas frutas*.

No obstante, por muy comprometida que sea la posicion de los escritores independientes, creo que aun podrá *D. Circunstancias* hacer algunas reflexiones acerca de lo ocurrido antes de ayer en la plaza de toros, sobre todo cuando se habla con la imparcialidad y mesura de que *D. Circunstancias* está dando ejemplos inauditos.

El hecho es que los toros eran malos, y que la autoridad quiso castigar de una vez todas las faltas de la Empresa, en lo cual, nada tengo que añadir sino que estoy conforme; porque el público que paga tiene derecho á que se le sirva bien, y desgraciadamente son pocos los esfuerzos que hace la Empresa de toros para complacer al público. Asi, pues, yo en algunas ocasiones no me contentaria con perros, sino que mandaria echar lobos, osos y javalies, y sobre esto una buena multa á la Empresa, por si acaso hubiera intringulis en la eleccion del ganado. De esto á mandar prender al empresario y sacarlo á la vergüenza hay una diferencia que los matemáticos llaman *sorda, incomensurable* y otra cosa que no me atrevo á nombrar por lo significativo del equivoco. ¿Qué falta habia cometido el señor Palacios? ¿Dar malos toros? Esa no es culpa del señor Palacios sino de los toros. ¿Habia menos ganado del que estaba ofrecido? No, porque se anunciaron seis toros y se lidiaron siete. ¿Faltaban caballos? Esto es diferente. Los defectos de *calidad*, merecen todo lo mas una multa; los de cantidad exigen cuando menos un castigo personal; que no tiene disculpa eso de economizar toros y caballos, y atesorar pesetas de bóbilis bóbilis. Quede, pues, consignado que la Empresa de la plaza de toros, está hace mucho tiempo contraendo méritos para que la autoridad la sienta la mano; pero convengamos tambien en que el modo con que fué castigado el señor Palacios, fué excesivo en comparacion de la falta, y estoy por decir que seria excesivo siempre aunque la falta fuese de tanta gravedad como el sistema de Newton. Si no fuera tan tarde, políticamente hablando, me en-

tretendría en criticar al señor conde de Vista-hermosa, por el abuso de fuerza que empleó antes de ayer con el señor Palacios; pero el horizonte se cubre de sombras, y temo dejar á mis suscritores á buenas noches. No perdamos de vista, que la gracia del nadador no consiste solamente en saber nadar, sino en guardar la ropa. ¡Perros! ¡Perros!!!

UN FENÓMENO.

Aunque poco versado en las ciencias naturales, no dejo de leer con gusto los escritos del famoso Buffon, que por lo visto no tenía nada de común con los bufones que conocemos por las comedias de nuestro teatro antiguo. Así es que al leer el otro día en la gacetilla de la *España* el siguiente epigrafe: «Pez desconocido,» me calé las antiparras y me puse á leer el párrafo en el cual creía yo encontrar algún descubrimiento raro, como si dijéramos, un barbo con patas ó un bacalao que supiera hablar el francés. Consideren mis lectores cuál sería mi asombro al encontrarme con el párrafo que copio literalmente:

PEZ DESCONOCIDO.

«Los castigos aplicados por el señor gefe superior de policia á algunos de sus subalternos que han faltado al cumplimiento de sus deberes, van produciendo ya los buenos resultados que eran de esperar, y nos hacen concebir fundadas esperanzas de que el señor Enciso elevará aquel ramo á la altura que se encuentra en otras naciones. El caso que vamos á referir es una prueba de los esfuerzos de aquel funcionario para moralizar esta clase, la cual ha principiado ya á participar de la actividad y celo de su gefe.

Hace pocos dias se presentó á un celador uno de esos *corredores* que trafican con los pasaportes solicitando uno para el estrangero mediante la cantidad de 640 reales; el celador, hombre inteligente y celoso por el servicio, acudió al gefe superior á manifestarle lo que ocurría, y con acuerdo de este se espidió pasaporte al que lo deseaba por la cantidad arriba dicha, tomando antes las debidas precauciones para no arriesgarse á dar un golpe en vago. El éxito ha correspondido perfectamente á sus esperanzas, puesto que el viajero de contrabando ha sido arrestado en Burgos, segun parte telegráfico de ayer, y viene ya andando con toda seguridad hácia la corte.

Es probable que la conducta de este celador retraiga del intento de soborno á los que evaden las leyes por este medio, y sea imitada por los demas, cuando llegue á su noticia que el señor Enciso ha

gratificado á aquel por cumplir con su obligacion con la misma cantidad que el otro queria darle porque faltase á ella.»

Yo soy tambien un poco inclinado al analisis, y ya que no puede ejercitar mi aficion en el pez que me habia hecho concebir la *España*, me dediqué á examinar lo que en mi opinion ofrecia de plausible ó censurable la conducta del señor Enciso. Efectivamente, este señor que ha empezado á hacer una limpia saludable en el ramo de policia, dá pruebas en el dia de querer castigar el vicio donde quiera que lo encuentre con una imparcialidad que le honra. Los agentes de la ronda de capa y otros funcionarios de mayor ó menor calibre en el ramo de policia, habian cometido excesos que exigian lo que se llama una buena tunda. Habia quien esplotaba el justo temor de los ciudadanos pacíficos para chupar la breva; habia otros varios enjuagues, y seríamos injustos si no aplaudiésemos en el señor Enciso esa severidad con que, para dar ejemplo, ha empezado á castigar la inmoralidad de sus subordinados. Pero en el asunto del pasaporte de que se ocupa la *España*, sentimos no estar de acuerdo, no por el fin sino por los medios. *D. Circunstancias*, cree de buena fé, que está en el interés de todo gobierno evitar los males mas bien que castigarlos. Quiero decir, que puede moralizarse la institucion de la policia hasta el punto de ser imposible el sacar un pasaporte falso, sin que para ello se necesite presentar el cebo á los peces incautos. No me estiando mas por las circunstancias, y porque los sérios temores que yo abrigaba ya, se han multiplicado al leer en mi apreciable cólega el *Clamor Público*, periódico cuyo valor é independéncia no pondrán en duda nuestros amigos políticos, una advertencia en su primera plana, que dice así:

«Recogido el número en dos días consecutivos, y en atención á las actuales circunstancias, nos abstenemos por ahora de escribir sobre política interior, con el fin de evitar una supresion que privaría á nuestros suscritores de las demas noticias y trabajos que publicamos.»

Se suscribe en Madrid á 8 rs. al mes en la redaccion, calle de Alcalá núm. 44, cuarto bajo, y en las librerias de CUESTA, MATEU, GASPAR y ROIG, en el obrador de libros rayados y encuadernaciones de MARIN y BATRES, calle de S. Martin, núm. 4, y en la libreria de MONIER, carrera de S. Gerónimo.

En provincias: 30 rs. por trimestre, en las principales librerias y administraciones de correos.

Editor responsable, D. MANUEL TURREZ.